

Hace muchos, muchos años, vivían un rey y una reina cuya mayor ilusión era la de tener un hijo, pero por más que suspiraban y decían: «¡Ay, aunque solo fuera uno nos haría tan felices!», su deseo no se cumplía.

Un buen día, mientras la reina se estaba dando un baño, una rana surgió del agua y brinca que te brinca se plantó en la orilla y dijo:

—No estés triste, porque antes de que pase un año tu deseo se hará realidad y darás a luz a una hermosa niña.

Y así fue, tal y como predijo la rana. Y tanto se alegró el rey por el nacimiento de la princesa, que ordenó celebrar una gran fiesta a la que convidó no solo a familiares, amigos y conocidos, sino también a las mujeres sabias para que bendijeran a la niña. A casi todas, porque, aunque en su reino vivían ni más ni menos que trece de estas mujeres, como solo podían comer de platos que fueran de oro y el rey solo poseía doce, decidió invitar a tantas como platos hubiera en el castillo.

La fiesta se celebró con todo lujo y boato y ya concluía cuando las mujeres sabias concedieron a la niña sus maravillosos dones: una la bendijo con virtud, otra con belleza, la tercera con riqueza, y así sucesivamente con



todo cuanto se puede desear en este mundo. Pero apenas acabó de hablar la penúltima cuando la mujer sabia que no había sido invitada, la decimotercera, irrumpió en el salón del trono hecha una furia y, sin saludar ni mirar a nadie, exclamó con voz de trueno:

—En venganza, la hija del rey se pinchará con un huso cuando cumpla quince años y caerá muerta.

Y sin decir una palabra más, se dio media vuelta y abandonó el castillo.

El rey y la reina se quedaron blancos del susto, pero entonces se adelantó la duodécima, porque aún quedaba ella por bendecir a la princesa, y como no podía anular el maleficio sino acaso atenuarlo, dijo:

